

Carlos Junquera Rubio, *Cachuelas de sangre y muerte en el Amazonas*  
Madrid, Lacre, 2022, 328 pp. ISBN: 978-84-17300-87-6

M.<sup>a</sup> PILAR PANERO GARCÍA  
Universidad de Valladolid



CACHUELAS  
DE SANGRE Y MUERTE  
EN EL AMAZONAS

CARLOS JUNQUERA RUBIO



COLECCIÓN AUTORES  
IMPRESINDIBLES

El profesor de etnología de la Universidad Complutense Carlos Junquera Rubio, autor de numerosos trabajos académicos, ha escrito una novela histórica ambientada en la selva amazónica, llamada *montaña* por los peruanos. Esta ficción se nutre de un sólido relato etnológico pues el propio autor, como algunos de los protagonistas, especialmente fray José Pío Aza Martínez O.P. (Pola de Lena, 1865-Quillabamba, 1938), también fue misionero dominico en Perú con destino en algunos puestos y residió también en Lambayeque y Lima. Como el padre Aza también ha estudiado las etnias del extenso departamento Madre de Dios, concretamente de los harakmbet. Además, como su personaje, pues el P. Aza fue un eminente filólogo, ha recopilado dos vocabularios de las lenguas harakmbut y ese ejja, dos de las ocho lenguas cooficiales indígenas que conviven hoy día en este vasto territorio con el español.

El profesor Junquera Rubio tiene un vasto conocimiento de este departamento Madre de Dios y de los de Ucayali y Loreto. Su tesis *Fenomenología de un hecho religioso: el chamanismo de los indios harakmbet de la Amazonia sub-occidental del*

Perú se edita 1989 y previamente ya contaba con varios aportes previos aparecidos en lengua alemana. Después ha publicado numerosos artículos sobre estos pueblos y los libros *El chamanismo en el Amazonas magia, brujería, chamanismo y prácticas médicas de los indios harakmbet* (1991, 2006, y una tercera edición casi en prensa) e *Indios y supervivencia en el Amazonas* (1995). En 2005 publicó la biografía *Fray José Pío Aza: misionero, geógrafo, filólogo, historiador, etnólogo y antropólogo en el Amazonas*, misionero en Perú desde su llegada en 1906 hasta su muerte.

Con estos materiales, en marzo de 2020, enfermo de covid, aislado y pensando en los amigos que no sobrevivieron, Carlos Junquera escribe esta novela en la que mezcla ficción y realidad y una buena dosis de su propia biografía. Nos ofrece una presentación en la que nos introduce: al mencionado padre Aza y a otro dominico, fray Manuel Álvarez Fox O.P.; el apoyo de su obispo, el navarro monseñor Ramón Zubieta y Les, personaje histórico y misionero responsable de un vicariato apostólico selvático en torno a la cuenca de los ríos



M.<sup>a</sup> Pilar PANERO GARCÍA, "Carlos Junquera Rubio, *Cachuelas de sangre y muerte en el Amazonas*", *Artifara* 23.2 (2023)  
Marginalia, pp. vii-xi.

Recibido el 04/07/2023 + Aceptado el 05/01/2024

Urubamba y Madre de Dios, para que establecieran una misión; el trasiego de todo tipo de aventureros, científicos y seudocientíficos en el departamento en los primeros años del s. XX; las dificultades para una evangelización de los mashcos, seminómadas y sacrificados por el cauchero Carlos Fermín Fitzcarrald López; la falta de unas fronteras definidas entre Perú y Bolivia y el empeño del presidente Nicolás Piérola de definirlas con auxilio del Vaticano; y las trágicas consecuencias que trajo la fiebre del caucho para los pueblos originarios de la región.

La novela se divide en tres partes, precedidas de una generosa presentación en la que, como terminamos de apuntar, facilita al lector algunas claves de un entramado complejo para quien no esté familiarizado con la cultura y la historia de la Amazonía, y un epílogo. El autor, además ofrece un glosario final que facilita al lector la lectura de la novela. En la misma presentación sabemos la suerte que corrieron los padres Aza y Álvarez Fox al atravesar la cachuela<sup>1</sup> Coñecc, un accidente con una larga historia de sangre y muertes de los expedicionarios que osaron dominar y atravesar este espacio –Pedro de Candía (1538), Álvarez Maldonado (1567-68), Atunes (1538-39)– y que la novela ilustra someramente, pero que aporta al relato la percepción de que este accidente geográfico está marcado por la brutalidad y la crueldad. El encargado de la investigación de los asesinatos de fray Pío y fray Manuel concluye en su informe: “queda poco que mostrar y decir simplemente que la cachuela Coñecc es lugar de tragedia. La historia volverá a repetirse” (p. 188) y así ha sido. Tras el asesinato de los dos frailes en este lugar estigmatizado, sus hígados y sus corazones fueron extraídos y comidos, mientras que sus cuerpos fueron devorados por animales carroñeros. “¡Los devoró la selva!” como en la archiconocida novela de José Eustasio Rivera (2006: p. 385). Los sospechosos, dos mashcos llamados Arasa y Tuyoneri, fueron trasladados a Cuzco para ser juzgados. Por lo tanto, el autor no construye su relato para que el lector descubra unos misteriosos asesinatos o la identidad de los asesinos, sino para reflexionar sobre el choque cultural y valorar si las acciones civilizadoras del hombre blanco responden a los ideales de justicia. Estos son un mecanismo para falsear la verdadera naturaleza del colonialismo del tipo que sea.

La primera parte, “Aproximaciones y choques culturales”, abunda en la desorientación de los pueblos originarios ante los ‘civilizados’ y de estos ante el descubrimiento de unos pueblos con cosmovisiones y leyes radicalmente diversas a los suyos. Por otra parte, con palabras como *nativo* o *indio* se homogeniza a grupos diversos con una clasificación compleja. En esta parte, algunos europeos y norteamericanos amantes de la ciencia descubren que estas culturas, consideradas subdesarrolladas o simples, tenían una complejidad lingüística superior a la de las lenguas europeas:

los nórdicos usaban cuatro formas de sustantivo, los griegos catorce y los aborígenes [mashcos] veintisiete. El idioma selvático había evolucionado con una precisión que sorprendió a los primeros oyentes occidentales y reflejó vívidamente las relaciones sutiles que tenían con la tierra. [...] Para los nativos de la selva la precisión era una cuestión de supervivencia y lo que les sorprendió, por supuesto, fue cuán extraños podrían esperar del oeste y del sur que viven en ese país sin ese lenguaje. La respuesta, para muchos de ellos, fue que no podían. (p. 115)

La segunda parte, “La intervención policial y su desarrollo”, se inicia con los rumores sobre el asesinato, las sospechas de que es cierto, los indicios de que los crímenes se han perpetrado cerca del río Tayakome y la investigación del oficial de la guardia Republicana Luis Vallina auxiliado por un sacerdote y un explorador. El oficial, aunque joven, sabe que “la selva es lugar de frontera y las cosas se olvidan” (p. 152). La novela sigue la línea de que la selva es un lugar seguro para el crimen porque en ella pierde su carácter de quebranto social. La selva es la cómplice de la violencia que se desencadena porque es el lugar donde se hace

<sup>1</sup> Las cachuelas son zonas de rápidos y pequeñas cataratas en los ríos que son muy peligrosas en la estación seca.

sufrir impunemente. Hay que considerar también que la selva es el refugio de los marginados sociales, los delincuentes y los psicópatas, porque allí el crimen pierde su carácter de mal social, para transformarse en un mecanismo de supervivencia. La violencia se desencadena y la selva es cómplice porque propicia la impunidad ante el terror. La selva es el mismísimo infierno donde se sufre y se enloquece. La explotación del caucho dio inicio a una etapa de violencia extrema contra las poblaciones indígenas. Entre 1890 y 1894, ocurrió un probable contacto entre el personal del cauchero Carlos Fermín Fitzcarrald y los harakmbut. Cuando los dominicos en 1901 inician la exploración para hacer efectiva una evangelización hasta que se establecen unos años después, en la misión de San Luis del Manu (1908), en la confluencia de los ríos Alto Madre de Dios y Manu, muchos nativos recelaban y temían a los blancos. De hecho, los frailes llevaban barba poblada para no ser confundidos con los caucheros, firmantes de las mayores atrocidades (Casement, 2012: *passim*) muchas veces, como sostiene Alberto Chirif, estas son mitigadas y encubiertas en mentiras y un falso regionalismo-patriotismo (cit. Casement, 2012: 15-21). Esta parte concluye con la detención y con el tratamiento que la prensa da a los ‘salvajes’, los dos prisioneros y sus intérpretes, Kutetumari y Diofanto, y Tete.

La tercera parte, “El juicio”, se centra en el proceso incomprensible para los interesados por desarrollarse en un entorno social y étnico completamente ajeno, y para el que no han sido preparados, como tampoco lo estaban los intérpretes. Estos fueron incapaces de traducir la retórica de un juicio, su dialéctica agresiva y sus complicadas oraciones: “¿Qué, exactamente, se suponía que se debía traducir? ¿Las palabras o las emociones detrás de ellas?” (p. 266). La novela adquiere tintes indigenistas<sup>2</sup> incorpora una denuncia pues hay una actitud combativa y de denuncia hacia la situación de explotación de la población indígena por parte de los terratenientes, extranjeros o criollos, y sus empresas con impunidad que les brindan los que deberían ser justos. Esta crítica se suma a la de los pseudocientíficos que usan a sus investigados como mercancía.

En el epílogo el novelista nos relata el final de los días de los acusados, “modelos de aborigen degenerado y prototipos de espécimen prehistórico”, porque “los prejuicios son los prejuicios” (p. 308). Aquí Carlos Junquera reflexiona sobre la ambigüedad moral que impregna empresas como el control, que no la comprensión, de la Amazonía vista con los ojos del hombre de ascendencia blanca.

Aunque el hilo conductor de la novela es el asesinato y canibalismo citados y se podría decir que los dos misioneros son los protagonistas, la novela es coral y la selva, con todo su aislamiento y magnitud, se presenta como un lugar de trasiego de todo tipo de gentes. Algunas no resisten y sufren *nimbayo* –psicosis inducida por el verde intenso– o, simplemente, perecen; mientras que otros resisten adaptados.

El autor toma un nutrido número de investigadores que existieron y que respetaron a los investigados –en algunos casos los admiraron profundamente por sus valores ecológicos y solidarios– y lo incorpora y adapta a su ficción, situándolo en territorio mashco y en fechas que no coinciden con las de los hechos de la novela, pero que encajan en la ficción: al etnógrafo y explorador sueco Nils Erland Herbert Nordenskiöld; a Paul Fejos, director húngaro-estadounidense de largometrajes y documentales, que se convirtió en un importante antropólogo, director de la expedición Wenner Gren (1940); el lambayecano expedicionario William Guerrero Gargurevich, de ascendencia croata, que permaneció cinco años en el bosque estudiando creencias de los nativos; el fotógrafo Charles Bachmann; etc. Muchos frailes

---

<sup>2</sup> Junquera Rubio bebe de una tradición literaria marcada por autores como Jorge Icaza en Ecuador con novelas como *Barro de la tierra* (1933), *Huasinpungo* (1934), *Cholos* (1937); o las de Ciro Alegría en Perú que representan la veneración por la tierra y la denuncia en novelas como *La serpiente del oro* (1935), *Los perros hambrientos* (1938), *El mundo es ancho y ajeno* (1941) (Oviedo, 2018: 440-448). El regionalismo y el indigenismo se renovará a partir de los años 50 con autores extraordinarios como Rulfo, Roa Bastos o Arguedas que han influido notablemente en el imaginario americano desde dentro y desde fuera (Oviedo, 2019: 65-92).



persuadidos por un espíritu misional utópico que los hizo soportar adversidades y vivir aventuras como los mencionados Zubieta, con experiencia previa en Filipinas, Aza y Álvarez Fox, pero también otros como el misionero y aviador de Lequeitio, fray Joseba Aldamiz-Etxebarria, o el padre Vicente Cenitagoya, importante descubridor de los petroglifos de Pusharro. Esta posición de respeto, que a veces es veneración hacia los pueblos que sobreviven en la selva, marca una diferencia notable frente a la de muchos blancos que llegaron a al territorio imbuidos en la teoría evolucionista:



Varios exploradores blancos notaron que la mayoría de los nativos parecían incapaces de contar más allá de dos o tres. ¿Por qué fue eso? ¿Y cómo figurarían en una cultura en la que cuantificar las posesiones (dinero, pieles, almas) era prácticamente una religión en sí misma? Los mashcos tenían tan poca variedad en la forma de la comida (¡nada crecía allí!) que parecían casi ascéticos. Cierto. De hecho, no opinaban como los humanos contemporáneos en absoluto. Eran más como una cultura entumecida en el tiempo. Para las personas de ascendencia europea, visitar una comunidad nativa y selvática en 1900 era un camino en la historia: pensaban que estudiar sociedades amazónicas era llegar a las raíces del hombre prehistórico, al fin y al cabo los darwinistas estaban cerca. (p. 63)

Los postulados evolucionistas son aviesos, pues de ellos se deriva que, si esos salvajes viven en la Prehistoria sin evolucionar como han hecho los *civilizados*, el hombre que ha *progresado* tiene derecho a civilizarlos; pero también, puesto que son inferiores, a aculturarlos, a dominarlos y a explotarlos. De esto último dieron buena cuenta los caucheros llegando al nivel más alto, el genocidio (Chirif & Cornejo Chaparro, 2009; Casement, 2012). Pero lo más perverso es justificar esa explotación no como un acto de egoísmo, sino como un deber moral encaminado a erradicar la flojedad e inoperancia natural del indio, que es incapaz de explotar los recursos para hacer progresar la nación, y costumbres tan abominables como la antropofagia. Este imaginario sobre los explotados se repite de forma idéntica en todos los contextos coloniales y neocoloniales.

La novela presenta una serie de hechos, que aisladamente pudieran ser anécdotas, pero que ensarta con maestría para que el lector sea consciente de la verdadera dimensión del choque cultural, porque más allá de traducir las lenguas, algo sin duda muy dificultoso, hay que comprender concepciones del mundo diferentes. El primer episodio llamativo en esa línea lo encontramos desde el capítulo primero, "Observaciones mutuas: extraños *versus* nativos", en el que Zubieta mata a una huangana ignorando los rituales de respeto con los que los mashcos sacrificaban a los animales que les servían de alimento. Este hecho sin importancia para el dominico y cualquier civilizado adquirió dimensiones de catástrofe para los nativos pues "el espíritu de la huangana así golpeada [con la culata de una carabina para no gastar un segundo cartucho] iría y diría todo al resto de su raza. Y nunca volverían. Muy pronto habría una hambruna completa. ¡Un desastre total!" (p. 50). Los mashcos sospechan de dos hombres que, incapaces de cazar, extrañamente tampoco viajan con mujeres que les proporcionen ropa (p. 122).

La Naturaleza no es un mundo bucólico en el que el humano puede tener una existencia tranquila, como sucedía en general en las primeras novelas regionalistas<sup>3</sup>. La Naturaleza en *Cachuelas de sangre...* es implacable y a ella se le añade el pesimismo de los habitantes legítimos de la selva que saben que "como regla general los animales son más sabios que los hombres" (p. 92) y la tierra "estaba llena de magia y poblada por espíritus extraños y ominosos" (p. 90). Estas fuerzas oscuras, brutales y funestas de la selva solo las podían conjurar los chamanes o

<sup>3</sup> Estamos pensando en las paradigmáticas como *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos o *Don Segundo Sombra* (1926) de Ricardo Güiraldes y en menor medida *La vorágine* (Oviedo, 2018: 216-238).

los cuentos de los antepasados. A ellas hay que sumar la ferocidad del hombre de ascendencia blanca y su exagerada ambición, que rivaliza en crueldad con la naturaleza. Como en otras novelas de la selva sabemos de antemano quién ganará en esta contienda.

Hay una idea que recorre toda la narración focalizada en el personaje de Pío, un hombre que elige “sufrir para mejorar sus posibilidades de ministrar a su pueblo elegido” (p. 103) que, sin embargo, valora y disfruta la compañía de sus amigos como los Bauchmann, frente a la del errático Emiliano de la Ribera, alias “Gringoato”. Aislado y solo físicamente, además “excluido de las comodidades de la conversación humana” (p. 104), ansía un compañero misionero competente y gentil con el que compartir el peso de su quimera. La idea del colectivismo, como motor cultural que fomenta la interdependencia y cooperación entre individuos al servicio del grupo, aparece en toda la novela como la única vía para la supervivencia en la selva.

*Cachuelas de sangre y muerte...* es un relato sobre la posibilidad llevar a Dios con la sangre de sus mártires, pero también a todos los demonios –dícese alcoholismo, enfermedades, violencia, drogas, deforestación, esquilmación de recursos naturales, ludopatía, etc. Seguiremos buscando las riquezas del gran Paititi.

### Bibliografía

- CASEMET, Roger (2012) *Libro azul británico. Informes de Roger Casement y otras cartas sobre las atrocidades en el Putumayo*, Alberto Chirif y Luisa Elvira Belaunde, eds., Lima, Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica.
- CHIRIF, Alberto & Manuel CORNEJO CHAPARRO, eds. (2009) *Imaginario e imágenes de la época del caucho: Los sucesos del Putumayo*, Lima, Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica.
- JUNQUERA RUBIO, Carlos (1989) *Fenomenología de un hecho religioso: el chamanismo de los indios harakmbet de la Amazonia sub-occidental del Perú*, Madrid, Ediciones Universidad Complutense.
- (1991, 2006) *El chamanismo en el Amazonas magia, brujería, chamanismo y prácticas médicas de los indios harakmbet*. Barcelona / Lima, Mitre / Río Verde.
- (1995) *Indios y supervivencia en el Amazonas*, Salamanca, Amaru.
- (2005) *Fray José Pío Aza: misionero, geógrafo, filólogo, historiador, etnólogo y antropólogo en el Amazonas*, Berriozar (Navarra), Eunate.
- OVIEDO, José Miguel (2018) *Historia de la literatura hispanoamericana. 3. Postmodernismo, vanguardia, regionalismo*, Madrid, Alianza Editorial.
- (2019) *Historia de la literatura hispanoamericana. 4. De Borges al presente*, Madrid, Alianza Editorial.
- RIVERA, José Eustasio (2006 [1922-1928]) *La vorágine*, ed. de Montserrat Ordoñez, Madrid, Cátedra.

